

## GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ Y LA REVOLUCIÓN DE LOS CLAVELES

GIOVANNA MAPELLI  
Universidad de Milán

MIGUEL Á. REBOLLO TORÍO  
Universidad de Extremadura

### Resumen

En este artículo se analiza la visión que nos ofrece Gabriel García Márquez sobre la revolución portuguesa de 1974, al cabo de nueve años. El estudio, pese a centrarse en un texto muy breve, muestra la riqueza que se puede obtener con un interés doble: la importancia del léxico, rico tanto por su presencia como por la ausencia, y el juego de los ordenadores del discurso.

Lo importante no es *qué* nos cuenta el autor, pues el lector ya lo conoce (como sucede con su *Crónica de una muerte anunciada*), sino *cómo* lo cuenta, para lo que hay que detenerse en los recursos lingüísticos y actualizar el contexto extralingüístico.

*Palabras clave:* Comentario, léxico, ordenadores.

### Abstract

This article analyzes Gabriel García Márquez's view of the Portuguese Revolution of 1974, nine years later. The study, though focused on a very short text, shows its richness from two perspectives: on the one hand, the importance of the lexicon, rich not only because of its presence but also because of the lack of certain words, and, on the other hand, the use of discourse markers.

The important issue is not really «what» the author tells us, because the reader already knows it (as it happens in his *Crónica de una muerte anunciada*), but «how» he tells it, for which we must pay attention to the linguistic resources and discover the extralinguistic context.

*Keywords:* Comment, lexicon, discourse markers.

Texto de Gabriel García Márquez:

*Portugal, nueve años después<sup>1</sup>*

Uno se pregunta qué fue de aquella pléyade de militares portugueses de alto rango que en abril de 1974 hicieron la jubilosa revolución de los claveles. La foto de una muchacha poniendo una flor en el cañón del fusil de un soldado amigo no sólo dio la vuelta al mundo por su belleza, sino que se impuso de inmediato como un símbolo de una vida nueva. Portugal era una fiesta. Nadie dormía, nadie tenía un horario de trabajo fijo, y el tiempo apenas si alcanzaba para celebrar la victoria sobre una de las dictaduras más antiguas y crueles del mundo, y para disfrutar, en plena calle y a voz en cuello, de la libertad recobrada. «Nadie puede entendernos mejor que ustedes», le dijo por aquellos tiempos un miembro del Consejo de la Revolución a un grupo de periodistas latinoamericanos. «Los europeos, aun los más comprensivos, tratan de interpretarnos con una óptica de país desarrollado y no encuentran cómo meternos a la fuerza dentro de sus esquemas». Por motivos históricos y geográficos, siendo uno de los países más pobres del mundo, pero con una posición estratégica esencial para las potencias occidentales, Portugal estaba obligada a sentarse a la mesa de los países más ricos de la tierra, pero hablando un idioma nuevo que nadie entendía porque a nadie le convenía entenderlo, y con los fondillos remendados y los zapatos rotos, pero con la dignidad que le imponía el haber sido en otro tiempo el dueño casi absoluto de todos los mares.

La presión tremenda de ese drama se reflejaba en todos los aspectos de la vida portuguesa. Todo se había vuelto político. Desde la plaza del Rossío, en el corazón de Lisboa, hasta el rincón más remoto y olvidado de la provincia no había un centímetro de pared, ni un anuncio de carretera, ni el pedestal de una estatua que no tuviera pintado un letrero político. «Unidad sindical», pedían a brocha gorda los comunistas, mientras acusaban a los socialistas de querer dividir la clase obrera para dejarla a merced de la socialdemocracia europea. «Socialismo sí; pero con libertades», decían sin más explicaciones los socialistas. «Fuera el imperialismo capitalista y el socialimperialismo», decía un partido de extrema izquierda, cuyo radicalismo intransigente se confundía con la línea de candela de la provocación. «Viva Cristo Rey», gritaba la reacción católica. «El voto es el arma del pueblo», decían los liberales. Y los anarquistas, con su ingenio incansable, corregían en la pared de enfrente: «El arma es el voto del pueblo». De día, en medio del desorden alborozado, los militantes del Ejército de Salvación tocaban el trombón en la puerta de los grandes almacenes y fomentaban el pánico con sus

<sup>1</sup> Se ha numerado el texto cada cinco líneas para facilitar la localización del término objeto de cita. El artículo periodístico está tomado de: Gabriel García Márquez: *Notas de prensa 1980-1984*, Madrid, Mondadori, 1991, págs. 423-425.

diatribas pavorosas contra el alcohol y el sexo. Muy tarde en la noche, cuando el cansancio doblegaba por fin el activismo desaforado, la reacción hacía reventar bombas de alto poder y envenenaba al mundo con el rumor infame de que al hermoso e idílico Portugal de las canciones se lo había llevado el carajo. 40

En medio del estruendo ensordecedor, había una inteligencia distinta: el Movimiento de las Fuerzas Armadas (FMA), dirigido por una cosecha de oficiales jóvenes, y cuyo poder político, unido a su poder de fuego y a su popularidad inmensa, hacía de ellos mucho más que árbitros simples de la situación. Los pesimistas por la ruina de la economía nacional decían con un gran desprecio: «Portugal no produce sino portugueses». Los dirigentes del FMA replicaban: «La mayor riqueza de un pueblo es su población». La mayoría de ellos eran antiguos universitarios reclutados por la dictadura como carne de cañón para las guerras coloniales. Trabajaban sin horarios, sin pausas, lo mismo en la Administración pública que en las campañas de politización de los campesinos. La democracia había empezado por los cuarteles: oficiales y soldados se tuteaban, dormían en el mismo cuarto y comían la misma comida en la misma mesa. Por primera vez en la historia de la humanidad las tropas tenían derecho a desobedecer una orden si sus oficiales no les decían para dónde iban y con qué propósito. La respuesta a todos los niveles era la misma: «Vamos para un socialismo inventado por nosotros mismos, de acuerdo con nuestras condiciones propias, independiente de todo centro internacional de poder y, al mismo tiempo, construido con imaginación y humanidad». 45 50 55 60

Lo que nos preguntábamos todos los periodistas asombrados que visitábamos Portugal por aquellos días era cómo los militares de una dictadura infame habían llegado a comprender que todo cambio era imposible sin una integración real con el pueblo, y cómo habían tomado conciencia de esa realidad. El proceso, en verdad, fue muy simple. Cuando la guerra se agudizó contra los movimientos de liberación de las colonias africanas —y en especial Angola y Mozambique—, los oficiales de la dictadura, que eran aristócratas de solemnidad, decidieron improvisar una oficialidad de clase media que sirviera de carne de cañón en los dominios sublevados. Para eso abrieron, en primer término, las puertas de la academia militar, donde se formaban los oficiales de carrera, y en segundo término, empezaron a reclutar universitarios para convertirlos en oficiales milicianos con el grado inmediato de subtenientes. De modo que en el curso de pocos años cambió por completo la composición de la clase de los mandos medios. «Fue muy fácil», dijo un oficial a los periodistas, «que nuestra promoción, con una edad promedio de 28 años, sufriera una transformación ideológica en el sentido de las aspiraciones populares». Otro oficial decía: «Nuestra conciencia se formó en las largas noches de reflexión en los campamentos de Africa, conversando con los soldados, que en realidad eran universitarios uniformados, y con los prisioneros que capturábamos entre las guerrillas y que nos estre- 65 70 75 80

mecieron con el ejemplo de su decisión y su claridad». Los nombres de los militares que dirigían el cambio llegaron a ser legendarios: Vasco Gonçalves, Costa Gomes, Melo Antunes, Otelo de Carvalho, Vasco Lourenço, Correia Jesuino, Rosa Coutinho. Todos pertenecían al Consejo de la Revolución, que era el organismo rector del proceso, y ocupaban cargos claves en el Gobierno. Melo Antunes, un fumador nervioso y sonriente que pasaba casi sin darse cuenta de una conversación política a una discusión sobre literatura, era considerado por sus compañeros como uno de los ideólogos más antiguos y lúcidos del FMA. Sin embargo, tal vez fue Otelo de Carvalho el más carismático de todos y el que pareció más decidido a asumir la responsabilidad política del país para llevar el proceso de cambio hasta sus últimas consecuencias. Qué fue lo que se lo impidió y qué fue lo que se llevó a Portugal por un camino distinto es algo muy difícil y, sobre todo, muy largo de establecer. Pero el hecho es que los promotores y protagonistas mayores de aquella revolución casi poética fueron relegados, si no al olvido, al menos a la penumbra. De ahí que sea tan significativa una noticia a la cual no se le ha dado, ni siquiera en Portugal, la atención que merece. Me refiero a la creación de la Asociación Veinticinco de Abril, integrada no sólo por todos los miembros del Consejo de la Revolución original, sino por más de 1.500 oficiales de las fuerzas armadas. Mil trescientos de ellos son todavía activos, o sea, la cuarta parte de la oficialidad actual. «Se trata de ampliar y profundizar el espíritu democrático de las fuerzas armadas», ha dicho en privado uno de sus fundadores, «No tenemos aspiraciones políticas inmediatas ni queremos intervenir en las condiciones actuales». Pero la mayoría de ellos están de acuerdo en que las fuerzas de la reacción son cada vez más activas e influyentes en Portugal y que la vigilancia insomne de los héroes en reposo del FMA puede impedir, llegado el caso, que Portugal regrese a su pasado sombrío. Ante las acusaciones de que se trata de una organización subversiva, sus promotores señalan que se ajusta del todo a la Constitución vigente y que es tan legal y pública como otras muchas de diverso carácter que existen en Portugal. Más aún: uno de sus miembros más distinguidos es el propio presidente de la República, el general Eanes. Lo cual demuestra, una vez más, lo que desde hace tantos siglos se sabe, y es que Portugal es un país muy raro. Por decir lo menos.

Nos proponemos analizar, partiendo de este escueto texto, el enfoque de Gabriel García Márquez sobre la revolución del 25 de abril de 1974, ahondando en todos los recursos lingüísticos que nos ofrece.

Estamos ante un texto político-periodístico que tiene por título «Portugal, nueve años después». El título es lo suficientemente explícito como para saber ya de qué va a tratar el autor, aunque para determinar a qué situación se alude hay que conocer la fecha del artículo y retrotraerla nueve años, es decir, regresar a 1974 puesto que conocemos el año en que se publica,

1983. Nueve años antes se produjo una alteración violenta en el régimen político portugués. Gabriel García Márquez consigue ya desde el inicio atraer la atención del lector de una manera escueta, con tan sólo cuatro palabras en una frase nominal<sup>2</sup>. En esa fecha, para cualquier lector que conozca algo de la historia del mundo actual, se produjo un cambio de régimen político en Portugal<sup>3</sup>. Se pasó de la dictadura salazarista<sup>4</sup> a la democracia. Los artífices de la convulsión<sup>5</sup> fueron conocidos como «capitanes de abril», un grupo de militares, jóvenes, que se alzaron contra el sistema dominante y, sin disparar un tiro, cambiaron Portugal. Gabriel García Márquez evoca, al cabo de nueve años, es decir, con una distancia de un alejamiento medio, qué es el Portugal de ahora, transcurridos nueve años, con un país que ya está con otros objetivos y otras preocupaciones, que, incluso, espera ya formar parte de la denominada entonces Comunidad Europea<sup>6</sup>, la actual Unión Europea.

En la segunda línea ya aparece con claridad el eje temático, «la revolución de los claveles», calificada de «jubilosa». El lector está situado, sin posibilidad de confusión, ante el suceso del que va a escribir Gabriel García Márquez. La calificación es posible pues estamos ante un artículo de opinión. No se trata de discutir algo en lo que ya parece haber un acuerdo: que el periodismo no es objetivo ni puede serlo. Sin embargo, caben diferencias entre informar y opinar. Como estamos ante un artículo de opinión, no debe extrañar que anticipe ya al lector qué valoración otorga a la convulsión portuguesa de abril de 1974, «jubilosa»<sup>7</sup>.

---

<sup>2</sup> Sigue siendo válido para el estudio de los titulares el artículo de E. Alarcos Llorach, «Lenguaje de los titulares», *Lenguaje en periodismo escrito*, Madrid, Fundación Juan March, 1977, 125-147. No cabe aquí un estudio de otros factores que son muy importantes en el periodismo, como la tipografía o el lugar dentro del periódico en el que se sitúa el artículo. Tan sólo nos limitamos a analizar el artículo como simple texto, desvinculado del medio en el que originariamente apareció.

<sup>3</sup> Es muy interesante el número monográfico de *Travaux et Documents*, 7, 2000, de la Université Paris-8, dedicado a «De la Révolution des oeilletes au 3ème millénaire. Portugal et Afrique lusophone: 25 ans d'évolution(s)», del que citaremos algunos artículos.

<sup>4</sup> No gobernaba ya António de Oliveira Salazar, sino Marcello Caetano, pero los más de 30 años de dominio salazarista (falleció en 1970) han dejado el nombre de «salazarismo» para todo el período.

<sup>5</sup> La revolución, como todas, no se justifica por una sola causa, los factores son muy variados: «L'éclosion du 25 avril est le résultat de l'accumulation et de la maturation d'un ensemble de facteurs politiques, sociaux et culturels qui l'ont rendu inévitable» (Manuel Duran Clemente: «Le paradoxe du militaire libérateur», *Travaux et Documents*, 7, 2000, pág. 93).

<sup>6</sup> El ingreso de España y Portugal será efectivo en 1986.

<sup>7</sup> Para otras cuestiones remitimos a Miguel Á. Rebollo Torío: «La noticia en la prensa: recursos lingüísticos», *La lengua y los medios de comunicación*, 1, Joaquín Garrido Medina (ed.) (*Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad Complutense de Madrid en 1996*), Madrid, Universidad Complutense, 1999, págs. 170-182.

Veamos algunas cuestiones relevantes del artículo.

Si mantenemos la diferenciación conocida dentro del léxico, núcleo «fuerte» y «periférico», expresada hace años por F. Lázaro, observaremos que existe un núcleo fuerte muy abundante<sup>8</sup>. Así la propia palabra *político* aparece con gran profusión: «Todo se había vuelto político» (23) insiste el articulista. De ahí los sintagmas en los que se integra el término: «conversación política» (91), «aspiraciones políticas» (108), «letrado político» (27), «poder político» (46), e incluso aparece la forma derivada «politización» (54).

Y lo que conmemora justamente Gabriel García Márquez es el momento justo del cambio de régimen, la *revolución* (2, 99), y eso pese a que ya se empieza a olvidar el nombre de los líderes según nos dice el articulista. Esa revolución tiene un nombre, es conocida como la de los «claveles» (3), de ahí la «flor» (3) del cañón del fusil (3). Éste es un caso claro de la transferencia de un término del léxico común al político pues la «flor» no es un elemento del núcleo «duro», sino que pertenece al léxico «periférico». Este tipo de vocablos es de un gran interés para el análisis del vocabulario político ya que nos permite establecer un paralelismo entre unas voces concretas y un determinado momento histórico<sup>9</sup>. Por el contrario, el léxico del núcleo «duro», pese a su indudable adscripción política no permite, de manera inmediata, tal paralelismo.

El movimiento portugués está dirigido por un grupo de gente que no pertenece al estamento civil, son los *militares*<sup>10</sup>, de ahí que todo gire en torno

<sup>8</sup> Vid. Miguel Á. Rebollo Torío: «Caracterización del lenguaje político», *Testi specialisti e nuovi saperi nelle lingue iberiche. Atti del XX Convegno dell'Associazione Ispanisti Italiani. «Testi specialisti e nuovi saperi nelle lingue iberiche»* (Firenze 15-17 marzo 2001), A cura di Domenico Antonio Curato e Loretta Frattale, II, Messina, Andrea Lippolis Editore, 2002, págs. 11-35.

<sup>9</sup> Por ejemplo, «consenso», término de la «periferia» sólo puede situarse en la España que va desde la muerte del dictador F. Franco (1975) hasta el comienzo del gobierno socialista (1982). Para seguir la evolución de la palabra «consenso» remito a Javier de Santiago Guervós: *El léxico político de la transición española*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1992, págs. 167-175, y M<sup>a</sup> Jesús Fernández García, *El vocabulario político en Extremadura. De la Preautonomía a 1991*, Mérida, Asamblea de Extremadura, 1998, págs. 85-88.

<sup>10</sup> Los militares por excelencia son los «capitanes». Resulta sorprendente que Gabriel García Márquez no emplee ni una sola vez la palabra «capitán» pese a que sabemos que fueron «oficiales» y no «jefes» quienes comandaron la rebelión, es decir, no fueron los altos mandos del ejército los artífices, sino mandos intermedios, capitanes, y, en consecuencia, gente de una edad media-joven. En el art. cit. de Manuel Duran Clemente se lee: «Les militaires (les capitaines) s'aperçoivent alors...» (100), de manera que identifica explícitamente a los «militares» con los «capitanes», pero lo más interesante es que el autor del artículo, al finalizar, firma como «Manuel Duran Clemente. Capitaine d'avril». La película dirigida por María de Medeiros, en el año 2000, tiene por título *Capitães de abril*. En España coincidió la denominación de «capitán» con el movimiento de la UMD (Unión Militar Democrática). Si bien no hubo coincidencia de fines (al parecer no se plantearon una revolución como la portuguesa

a este grupo (1, 65, 86): «cuarteles» (55), «oficiales» (46, 55, 58, 78, 81, 105), «FMA» (45, 50, 93, 112), «soldados» (55, 83), «tropas» (58), «mandos medios» (78), «subtenientes» (76). A eso hay que añadir una división de oficiales, en la que lo más interesante es el complemento del nombre que el elemento subordinante: «oficiales de la dictadura» vistos como «aristócratas» (71) [de solemnidad] y «oficiales de carrera» (74), frente a la «oficialidad de clase media» equivalente a «carne de cañón» (72) y los «oficiales milicianos» (76). La oposición sirve para mostrar, mediante las equivalencias («aristócratas de solemnidad»/«carne de cañón»), que la diferenciación estaba ya en el propio ejército<sup>11</sup>. Los máximos responsables de los «militares» (86) tienen nombres propios (86-88) y se integran en el «consejo de la Revolución» (88-89). El *ejército* puede pertenecer, como elemento de una sociedad, al «núcleo fuerte» del léxico político. Además, los militares ejercen como «ideólogos» (93). Que el léxico político atraiga a otros elementos y los politice es otra cuestión. Fuera del contexto, la *revolución de los claveles* carecería de significado.

La pugna entre «revolucionarios» y orden establecido se ve en los polos de «dictadura» (8, 56, 66)/«democracia» (55). La «dictadura» se asocia a «reacción» (40) y a «fuerzas de la reacción» (110). El triunfo de la revolución lleva a la «victoria» (7) y a la «libertad» (9). El desbordamiento de la revolución se plasma en los letreros, cuyas pintadas se atribuyen a diversos partidos políticos, la base de la democracia. Es así como aparecen los «comunistas» (27), los «socialistas» (28, 30), la «socialdemocracia» (29), el «socialismo» (29, 60), un «partido de extrema izquierda» (31), los «anarquistas» (35), opuestos al «imperialismo capitalista» (31) y al «socialimperialismo» (31).

Un elemento básico en el sistema que se vislumbra, opuesto a la dictadura, es el *voto*, sobre el que la propaganda anarquista<sup>12</sup> realiza un juego de palabras: «el voto es el arma del pueblo»/«el arma es el voto del pueblo» (34-36). Es una muestra de la ebullición política. Tales manifestaciones desaparecerán pronto.

---

los militares españoles), sí había una simpatía como se puede advertir por el testimonio de uno de sus protagonistas en un libro de título revelador: «En una emotiva ceremonia laica, los restos de Busquets fueron despedidos con los acordes de “Grandola, Vila Morena”, la canción de los capitanes del abril portugués» (Fernando Reinlein: *Capitanes Rebeldes*, Madrid, La Esfera, 2002, pág. 175).

<sup>11</sup> El ejército parece desde fuera monolítico, pero no es así: «Examiné [el ejército] de plus près, son monolithisme n'est qu'apparent et il contredit par une variété de détails culturels et structurels propres à chaque armée, chaque caserne, chaque type de carrière, chaque statut, chaque génération, etc..., témoignant ainsi d'un univers complexe, riche en nuances, dont la compréhension exige une approche patiente» (Carlos da Fonseca: «L'armée sous le Salazarisme: conformisme et résistance», *Travaux et documents*, 7, 2000, pág. 73).

<sup>12</sup> Los inicios de la revolución portuguesa tienen una confluencia muy variopinta de ideologías. No debe extrañar la afloración de los anarquistas.



Por último hay dos términos básicos: la *Constitución* (115), que es la vigente en el momento en que escribe Gabriel García Márquez, es decir la que ha facilitado el movimiento revolucionario de 1974 y la recurrencia a *Portugal*. Hasta 10 veces aparece el término con el que se alude al país luso (6, 17, 42, 49, 64, 97, 102, 111, 113, 116). Es la mejor manera de indicar cómo se percibe el cambio en la sociedad portuguesa: como un todo, a cuyo frente está la denominación del país, y que a su vez, da pie para el título del artículo (con lo cual, si sumamos la alusión del título, las repeticiones serían once).

En el artículo que escribe Gabriel García Márquez hay indudables rasgos de subjetividad. El periodista no se limita a narrar los hechos, unos acontecimientos acaecidos ya hace nueve años, dato éste que le permite, por la lejanía, manifestar cómo han evolucionado los fenómenos de la revolución mediante el empleo de adjetivos valorativos (paradójicamente ya objetivos pese a la subjetividad): «*jubilosa* revolución» (2), «*dictadura cruel*» (8), «*libertad recobrada*» (9), «*dictadura infame*» (66), «*revolución poética*» (100). Los militares, autores del fenómeno revolucionario, ascienden a la categoría de «*héroes*» (112).

Todo el léxico político, de núcleo fuerte, gira en torno al fenómeno revolucionario, punto de partida del Portugal moderno. De ahí el predominio del campo militar, agente del hecho revolucionario. Todo lo demás se supe-dita. La voz «militar» actúa como un hiperónimo que agrupa las diferentes categorías del ejército. El papel de los partidos políticos es mínimo y de hecho sólo aparecen como reflejo. Y en consonancia con su ínfimo papel, hay términos muy llamativos por su inexistencia, como «civil» por ejemplo<sup>13</sup>. El léxico empleado por Gabriel García Márquez, por su riqueza y variedad, marca bien los orígenes revolucionarios de 1974.

Si el texto narra un acontecimiento relevante en el siglo xx, con términos inequívocos de la política, no debemos pensar que estamos ante una arenga, un discurso o un tratado de política. El firmante tampoco pretende ser más que un simple periodista. Por eso, la estructura obedece a unas claves claras, que van a llevar al lector por un camino de reflexión marcado por el autor. Para ello, Gabriel García Márquez se sirve de los recursos lingüísticos.

El título marca ya el objetivo: un lugar y un tiempo. Hay un cierre completo: la tierra delimitada es la portuguesa, el tiempo es el que va de 1974 a 1983. Las coordenadas espacio-temporales establecen las fronteras precisas. Las tres primeras palabras que inician la crónica desvelan las intenciones de Gabriel García Márquez: *uno se pregunta*, con un tiempo presente y con un

<sup>13</sup> En un texto es tan interesante el léxico recogido como el inexistente. La revolución portuguesa fue militar, sin tramas civiles.



modo indicativo, el propio de la objetividad. El *uno* es el propio Gabriel García Márquez, protegido por la forma impersonal, con lo que se puede entender que no sea él el único, sino los demás quienes también se lo pregunten. La indagación no va hacia la situación portuguesa actual o hacia la revolución, sino hacia los dirigentes militares: *aquella pléyade de...* Pero Gabriel García Márquez conoce ya lo sucedido y sabe que esos militares no siguen en la vida pública, por eso se explica el empleo del pretérito perfecto simple, el absoluto: *qué fue*. Si no lo supiera, la pregunta podría haber sido otra: \*uno se pregunta qué ha pasado/qué es... El recurso del pasado absoluto supone el reconocimiento de algo que ya no alcanza al momento actual.

Gabriel García Márquez rememora el punto de partida de la «jubilosa» revolución con el famosísimo cartel de la niña que pone un clavel rojo en la boca del fusil de un soldado. Y, tras este recuerdo, dirigido a traer a la memoria del lector la escena inequívoca, cambia de tiempo verbal: «Portugal *era* una fiesta» (6). A partir de aquí todas las formas verbales están construidas en pretérito imperfecto hasta llegar a la línea 68: «el proceso *fue* muy simple». Gabriel García Márquez recuerda lo sucedido hace nueve años, y puede hacerlo porque fue uno de los asistentes a la revolución según lo relata él mismo: «Lo que nos *preguntábamos* todos los periodistas asombrados que *visitábamos* Portugal por aquellos días...» (64). Tan sólo «rompe» el pretérito imperfecto en esta larga relación de recuerdos la inclusión de los *letreros*, que florecieron en todo Portugal («el voto *es* el arma del pueblo»), y las polémicas entre las fuerzas distintas («Portugal no *produce...*») (49)... («*vamos* para un socialismo...») (60). Después de la línea 68, para poder responder a lo que «nos preguntábamos», Gabriel García Márquez tienen que alejarse hasta las guerras coloniales, donde se halla el origen del cambio ideológico. Desde ese pasado, al comprobar que el cambio de mentalidad de los militares se ha cumplido ya, puede reintroducir el pasado absoluto: *fue* (68), *agudizó* (69), etc. hasta llegar a la línea 85.

De una manera similar a lo anterior sitúa también en el relato frases literales de los oficiales. Así, el texto se enriquece con voces distintas, todas llevadas en la dirección marcada por el autor.

Y tras la explicación breve, pero muy efectiva, del cambio ideológico plasmado mediante las frases de los militares, vuelve el artículo al pretérito imperfecto, *dirigían* (86). Por primera vez, Gabriel García Márquez incluye nombres propios. Indica los militares por los que preguntaba al comienzo.

El texto se altera bruscamente en la línea 93 tras un conector de tipo opositivo, *sin embargo*, que implica un cambio en el discurso. Apenas ha empleado Gabriel García Márquez enlaces extraoracionales para cambiar el texto. El *sin embargo* va a modificar la manera de discurrir de lo escrito.

Si los oficiales antes *dirigían* el cambio, el enlace nos anticipa que eso no es así ahora, pasados nueve años. Por eso, de Otelo comenta que *fue* (93). Las razones por las que quienes eran en el 74 ya no lo son en la actualidad no dejan de interesarle a Gabriel García Márquez, pero no nos da ninguna respuesta. Es una omisión deliberada, de la que hace partícipe al lector, pues éste conoce también los motivos por los que los militares ya no están como activos en la política.

Un poco más adelante, en la línea 102, Gabriel García Márquez retoma el tiempo presente, con lo que enlaza con la primera línea del texto («merece» y «uno se pregunta»). Tras la alusión a una *noticia* (101) que de momento no explica, vuelve el periodista al presente de indicativo y al yo, «*me refiero*» (102).

Hasta aquí ha llegado la crónica de los nueve años. Y sólo ahora es cuando expone la situación de esa «pléyade» de militares. El juego del léxico le sirve para exponer la situación: los *héroes* de entonces, agrupados en una «Asociación» (103), son vistos como una «organización subversiva» (114). Es un sintagma perteneciente al léxico político. Gabriel García Márquez cierra así la pregunta con la que abría la crónica. La situación se ha invertido. Gabriel García Márquez, con ironía, termina diciendo que «Portugal es un país muy raro. Por decir lo menos». Así induce al lector a extraer unas conclusiones clarísimas, que el escritor no desvela explícitamente pues juega con la complicidad del lector.

Gabriel García Márquez dosifica el ritmo, establece una especie de guiño cómplice con el lector porque ambos, autor y lector, saben que los impulsores revolucionarios no están dirigiendo ya el gobierno portugués. Eso es lo de menos. Como en la *Crónica de una muerte anunciada* (1981), lo interesante no es saber el final, sino cómo transcurre ese tiempo que va del anuncio inicial a su final.